

ANOMALIA, DOLOR Y FRACASO DE ESPAÑA

Santos Juliá

Catedrático de Historia del Pensamiento
y de los Movimientos Sociales
y Políticos de la UNED



**UNIVERSIDAD DE
CASTILLA-LA MANCHA**

ANOMALÍA, DOLOR Y FRACASO DE ESPAÑA

Santos Juliá

Catedrático de Historia del Pensamiento y
de los Movimientos Sociales y Políticos de
la UNED

**UNIVERSIDAD DE
CASTILLA-LA MANCHA**

La Universidad de Castilla-La Mancha agradece a la revista "Claves de la razón práctica" la amable autorización para reproducir el Texto que se presenta, publicado originalmente en el n.º 66, de dicha revista, en octubre de 1966.

Edita:

Gabinete del Rector de la Universidad de
Castilla-La Mancha.
Paloma 9
Telf.: 926 - 295300
13071 - Ciudad Real

ISBN: 84-89492-85-9

Imprime: MARÍN ÁLVAREZ HNOS.

Las sucesivas generaciones de intelectuales del pasado y del presente siglo, al reflexionar sobre España, su sociedad e instituciones a lo largo de ese tiempo han venido a acuñar sucesivamente su valoración en tres términos de síntesis: España como anomalía, España como dolor y España como fracaso. Tres valoraciones de la vida española poco propicias para el optimismo y la confianza en el futuro. Pero la experiencia del presente, tras veinte años ya de vida democrática y constitucional, de estabilidad política y de progreso económico y social sostenido, permite e induce a un mejor conocimiento de nuestra historia, que modifica nuestra representación de pasado.

El profesor Santos Juliá ha sometido a crítica esas representaciones del pasado desde la más reciente historiografía muy particularmente desde la historia económica, y desde su excelente conocimiento de la España contemporánea. Así lo expuso en una síntesis magistral ante la Society for Spanish and Portuguese Historical Studies en 1996, que publicó en la revista Claves de la razón práctica en el mismo año. El Autor y la Editorial nos han autorizado su publicación en esta serie de opúsculos que anualmente presentamos con motivo del Corpus de Toledo, destinados a servir de reflexión a profesores, estudiantes y amigos de la Universidad de Castilla-La Mancha. Agradecemos a ambos que nos permitan disponer de esta síntesis de argumentos y referencias que resultan de especialísima utilidad para abordar con rigor y confianza el debate que ya ha comenzado: 1898-1998, un siglo de historia de España, y un debate que si queremos que tenga sentido ha de ser un debate sobre nuestro futuro.

Luis Arroyo
Rector de la Universidad

Toledo, 31 de mayo de 1997
Día de Castilla-La Mancha

nacidos después de la guerra, crecidos en la seguridad de que lo nuestro no tenía remedio, que fracasaríamos también, hemos visto aparecer, pegada a los talones, una nueva generación de historiadores que ha arrojado todo ese lastre por la borda y ha proyectado sobre el pasado una nueva mirada, menos dramática y, por tanto, menos fatalista. Estas son algunas notas de esa historia, con un breve estrambote sobre la relatividad de las firmes convicciones que en cada momento de la vida nos forjamos respecto a nuestro pasado.

Una singular anomalía

“Todos convienen en que España -escribía Juan Valera en 1876- social, política y económicamente considerada, está bastante mal. Salvo Turquía, quizá no haya en Europa otro pueblo que en esto nos gane. En punto a estar mal, somos potencia de primer orden”. De la causa del malestar, seguía

Valera, se ha disputado mucho y él se había formado también alguna idea, pues, buen conocedor de la historia de su patria y nada dado a aspavientos dramáticos, había dedicado largas reflexiones a bucear en las razones del “malestar de España” hasta llegar a la conclusión de que todo tenía su origen en “la singular anomalía de que habiéndose hallado al despuntar el siglo XVI a la cabeza de las naciones civilizadas...surgiera de aquella época el punto de partida de nuestra decadencia”. Valera la atribuía a que en el momento del renacimiento científico España escogió el papel de defensora, adalid, brazo derecho del principio de resistencia a los conatos progresivos de la Edad Moderna. La guerra de los 30 años, la rebelión de los Países Bajos, las contiendas con Francia, hicieron el resto, al imponer a la recién constituida nacionalidad española esfuerzos superiores a los recursos de que podía disponer, además de ahogar los gérmenes de

vida de organización interior: Carlos V, cuando dejó de reunir a la grandeza en las Cortes, aparece así como el origen mismo de la anomalía y de la decadencia española. El resultado, una triple postración: intelectual, por haber quedado España al margen de la revolución científica; material, por haber destinado todos los recursos a las guerras; y política, por no haber desarrollado las instituciones que nos eran propias¹.

La visión de España “decaída de su antiguo esplendor, relegada a los últimos límites de Occidente... como apartada del mundo, fuera de aquel torbellino que arrebata a las naciones”, que ya expusiera Donoso en un célebre discurso al Congreso², tendría, pues, su

¹ Juan Valera: “De la perversión moral de la España de nuestros días”, *Obras completas*, Madrid, 1958, vol. III, pág. 1316; “Introducción” a Modesto Lafuente, *Historia general de España*, Barcelona, 1890, vol. 20, págs. 2-4.

² De 4 de marzo de 1847. *Obras completas*, Madrid, vol. 2, págs. 162-168.

origen en el mismo hecho que convirtió a Castilla en potencia imperial-católica. Tal vez nadie haya contribuido tanto como Martínez Marina a forjar entre los historiadores de mitad del siglo XIX la seguridad de que gracias a las Cortes y a sus libertades antiguas Castilla no sólo había comenzado “en cierta manera a ser nación”, sino que ocupaba “un lugar muy señalado entre las más cultas y civilizadas”. A las Cortes se debía “la conservación del Estado, la existencia política de la Monarquía y la libertad nacional”, de tal modo que, a finales del siglo XV, gozaba Castilla de un gran pasado y de un presente que prometía gloria, pues la muerte del príncipe don Juan, primogénito de los Reyes Católicos y heredero de sus Estados, abrió la puerta a la unión de “ambos reinos de la Península bajo un mismo cetro, formando así la Monarquía más poderosa de la Tierra”. Pero todas estas cuentas se vinieron abajo cuando quiso “la mala estrella de España” -como escribió Martínez de la Rosa- que murie-

ran la reina de Portugal, su hijo y la reina Católica. No quedaba más que doña Juana, de escasa capacidad y juicio, desposada de antemano con un príncipe extranjero. Y fue la extranjería de tal príncipe lo que torció el destino de España para los siglos siguientes, pues cuando había llegado Castilla al cenit de su esplendor cayeron sobre ella “unos príncipes extranjeros que, desatendiéndose de las obligaciones más sagradas, sin miramientos a las costumbres, a la Constitución ni a las leyes del país, sólo trataron de disfrutar el patrimonio, esquilmar esta heredad, disipar sus riquezas y prodigar bienes y sangre en las guerras”³.

“Perecen las libertades públicas en los campos de Villalar”, lamentará Modesto Lafuente, que añadió al drama el ardor romántico de aquella mujer animosa, “enamorada de

³ Francisco Martínez Marina: *Teoría de las Cortes*, Madrid, 1979, vol. I, págs. 98-103. Francisco Martínez de la Rosa: *Bosquejo histórico de la política de España, Obras*, Madrid, 1962, vol. VIII, pág. 174.

un esposo que acaba de perder y de una libertad que acababa de sucumbir y que intentará mantener con desprecio de su vida". Nada que hacer: después del reinado de los Reyes Católicos, "todo español y el más glorioso que ha tenido España", la historia ya no será nunca lo que había sido hasta ese momento⁴. Incluso Cánovas del Castillo, en sus años mozos y revolucionarios, participa de esta visión, de la que luego se distancia: la Monarquía austriaca llevaba "dentro de sí los gérmenes de corrupción que más tarde habrían de destruirla": el absolutismo, que mata las libertades de Castilla y de Aragón y suprime los privilegios del reino de Valencia; la Inquisición, que fue "enroscándose, a manera de serpiente, en torno del pensamiento español hasta que estrechó su anillo tanto que lo ahogó y le dio muerte"; el imperio, que desangró a la nación y expulsó de su seno a los más emprendedores y laboriosos, a todos

⁴ Lafuente: *Historia*, Vol. 1, págs. 57 y 58.

los que sentían en su corazón “sed de bienestar, de placer y de gloria”. Cánovas veía a España joven, vigorosa, libre en el pensamiento y en el obrar, franca, entusiasta, alegre, aunque grave, cuando vino sobre ella vejez temprana, contemplativa, descontentadiza, timidez penosa en el pensamiento, íntimo recelo de todas las cosas, indiferencia terrenal, melancolía apática, obediencia pasiva, resignación fatalista. No se podía caer más bajo⁵.

Pero lo que era una anomalía inducida por un príncipe extranjero y mantenida por el absolutismo austracista podría corregirse desde el mismo momento en que se recuperara la libertad y se renovara la tradición de las Cortes: tal era la convicción de liberales y románticos al añorar las Cortes de Castilla y lamentar las libertades perdidas en el campo de batalla. España había sido grande en el

⁵ Antonio Cánovas del Castillo: *Historia de la decadencia de España*, Málaga, 1992, págs. 5-54.

pasado y volvería a serlo en el inmediato futuro, porque el “gran ser de nuestro pueblo” había conservado, a pesar del absolutismo y de la negra pintura que ofrecía la muerte de Fernando VII, “su energía y su virtud latente”. Es el mismo pueblo que la guerra de la Independencia había “destacado a la admiración universal”, en el que residían intactos “la entereza, la hombría y el arrojo”; el pueblo que en 1854 volverá a romper “con noble y fiero orgullo sus cadenas”, que debía su triunfo a “sus propias fuerzas, a su patriotismo, a su arrojo”. Siglos de absolutismo, de desvío de la historia, no habían bastado para destruir al “pueblo noble y generoso en el que se expresa la santa voluntad del Señor⁶. Con ese pueblo,

⁶ Lafuente: *Historia*, vol. 22, pág. 338. Manuel Azaña: “Estudios sobre Valera”, *Obras completas*, México, 1966, vol. 1, págs. 981-983. Pi y Margall: “Al Pueblo”, 21 de julio de 1854; Sixto Cámara: “Manifiesto de la Junta Nacional Revolucionaria al Pueblo”, abril 1857, en Clara E. Lida: *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español, 1835-1888. Textos y documentos*. Madrid, 1973, págs. 96-99 y 117-122.

la causa de la libertad, mil veces aherrojada bajo el despotismo, no estaba perdida. La constatación de la anomalía de España, del desvío de una historia que pudo ser gloriosa y acabó en la negrura del despotismo, avivaba la fe en la energía, la generosidad, la nobleza, el orgullo, el patriotismo del pueblo para restaurar la libertad. Cortes y comunidades, libertades y sacrificio de la vida eran como las semillas que habrían de fructificar aunque su perdida hubiera desviado por rutas miserables una historia que se prometía esplendorosa.

Raza canija, políticos infames

Toda esa esperanza se derrumbó con el cierre del sexenio democrático y la liquidación de la República federal. La exaltación popular y nacional del liberalismo romántico se convirtió, tras el fracaso de la Gloriosa Revolución de septiembre de 1868 y de la República federal de febrero de 1873, en la convicción de que el daño afectaba a las más profundas entretelas

del pueblo. No le resultó difícil al partido alfonsino encontrar mercenarios que formaran nuevas milicias, ahora ya no al servicio de la libertad, sino al de la reacción restauradora. El duque de Sesto, “unionista adinerado y figura tan popular en los palacios de la Castellana como en los patios de la vecindad de la calle Toledo”, con la ayuda de Romero Robledo, “revolucionario arrepentido, cacique en Córdoba... formaron una suerte de milicias. Sesto dirigía la más popular, del ‘aguardiente’, que reunía broncos reclutas, matarifes, toreros, charlatanes, tratantes, chisperos, gitanería, la flor y nata de la calle Toledo”. Eso era también el pueblo, sólo que con otra cara. Las partidas de la porra que los alfonsinos organizaron sin mayor problema habían mostrado esa faz siniestra del pueblo que los liberales conocían bien -aunque a veces se olvidaban de ella- pues era idéntica a la de aquellas “turbas de miserables” que frente a la indignación y el terror de la “parte sensata del pueblo” habían mostrado

su alborozo y entusiasmo en la “espantosa cuanto impolítica y denigrante restauración” de Fernando VII⁷. No, el marasmo en el que caía España no se debía a una injerencia exterior, no se le podía echar por completo la culpa a la dinastía. El daño, por así decir, lo llevaban los españoles en el tuétano.

Esto fue lo que percibieron, antes que nadie, los primeros regeneracionistas, los impulsores de la Institución Libre de Enseñanza. “El desaliento, la amargura y la aspereza” de los escritos de Giner de los Ríos tras el fracaso democrático revelan -ha escrito López Morillas- la pérdida de fe en el pronto advenimiento de un mundo feliz⁸, como todavía creía la generación romántica. El mal es profundo y el remedio sólo podrá operar a muy largo

⁷ Formación de milicias, José Valera Ortega: *Los amigos políticos*, Madrid, 1977, pág. 32; turbas de miserables, ayguals de Izco: *La bruja de Madrid*, Madrid, 1969, pág. 39.

⁸ Juan López-Morillas: *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, 1988, págs. 40-42.

plazo: es inútil tratar de ser de golpe como los ingleses. El mal, dirá Cossío, radica en que en España “no hay pueblo que viva con la libertad de pensar”, con una opinión independiente y propia; “no hay un país, ese país que admiramos en Inglaterra como en ninguna otra parte”. Desconfianza, profundo pesimismo respecto al pueblo español, al que han visto salir a la calle en las alteraciones revolucionarias del sexenio, que extienden de inmediato al conjunto de la clase política, pues todos convienen en que los “diputados, senadores, ministros, etcétera, no están (para resolver problemas) sino para hacer discursos, dar y tomar destinos, mendigar plazas de alquileres en las grandes compañías industriales y no tratar de otra redención que la suya”⁹. Los institucionistas dejaron de creer en

⁹ Manuel B. Cossío: en *Congreso Nacional Pedagógico*, 1882, cit. por Yvonne Turín: *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, 1967, págs. 38-39. Francisco Giner de los Ríos: “La crisis de los partidos liberales”, en *Ensayos*, Madrid, 1969, págs. 199-201.

la capacidad del pueblo para conquistar la libertad y en la de los políticos para administrarla. Lo que había que emprender era una larga obra de educación para modificar el carácter de modo que salieran de las escuelas ciudadanos libres, formados en el espíritu público, que hubieran aprendido a amar la cultura de la patria y sobre los que se pudiera edificar el progreso y la libertad.

Han pasado los tiempos de euforia romántica; el recuerdo de las glorias pasadas y de las viejas libertades no ha servido para nada, se ha aprendido la dura experiencia de una democracia incapaz de sostenerse: una profunda desconfianza en la política acompaña desde el principio la oleada de regeneración que tiene en la Institución Libre de Enseñanza sus primeros abanderados, pero que se extenderá como la pólvora a medida que transcurran los años. Por poner sólo dos ejemplos que afectan a las dos bestias negras del regeneracionismo, el pueblo y los polí-

ticos: en 1888, Pompeyo Gener no veía en España más que una raza canija y enflaquecida, moral y físicamente débil, improductiva, visionaria; y Lucas Mallada destacará dos años después, como cualidades que adornan a los políticos españoles, la más crasa ignorancia, la osadía, el espíritu de discordia y rebeldía, su inmensa soberbia, la veleidad y ligereza, su aturdimiento, la ingratitud y la doblez, su ambición ilimitada. En resumen, una nación desventurada, que tiene en su base un pueblo de alucinados hambrientos y a su frente a políticos dedicados a provocar y devolver violentos ataques, sostener utopías y delirios, socavar honras ajenas, embrollar las cuestiones, aprovechar descuidos, proyectar conjuras, triturar al adversario¹⁰.

¹⁰ Pompeyo Gener: *Herejías. La decadencia nacional. De la incivilización de España*, pág. 179, cit., por Pedro Sáinz Rodríguez: *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*, Madrid, 1924, págs. 74-76. Lucas Mallada: *Los males de la patria*, Madrid, 1969, pág. 202.

La gente del 98

Eso era España en 1890: raza canija, políticos infames. De eso no había duda, y por si todavía quedara alguna, el desastre del 98 fue como el mazazo que acabó por machacar las ilusiones que pudieran abrigar los muchachos que “abrieron los ojos de la curiosidad razonadora al tiempo de la gran caída de las hojas de la leyenda patria”¹¹. A finales de siglo no quedaba ni rastro de la expectativa romántica de una pronta regeneración por la recuperación de las instituciones democráticas ni de la cauta confianza en la regeneración del país por una larga obra de educación. España está en el marasmo, escribe Unamuno cuando se acerca el fin de siglo: esto es un “pantano de agua estancada”, “un páramo espiritual”. Y Yuste, sentado con

¹¹ Ortega a Unamuno, enero 1904, en Laureano Robles, ed., *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, Madrid, 1987, pág. 33.

Azorín debajo de una higuera mística, piensa en “las amarguras que afligen a España” y sentencia, rotundo: “Esto es irremediable”¹².

Irremediable porque el desastre no hace más que empujar el pensamiento de la nueva generación en la misma dirección que ya habían emprendido los institucionistas. La gente del 98¹³ repite, acentuando el dramatismo, lo que ya se sabía desde los años ochenta acerca de la decadencia de la raza y de la perversidad de los políticos. El pueblo, escribe Unamuno, no es más que “masa electoral y contribuible”; la raza, según determinará Costa, que presumía de conocer el mal, era atrasada, imaginativa y presuntuosa, y, por lo mismo, perezosa e improvisadora, y, por tanto -y esta es la novedad central- incapaz

¹² Unamuno: “Sobre el marasmo actual de España”, *En torno al casticismo*, Madrid, 1991, págs. 147-168. Azorín, *La voluntad*, Madrid, 1989, pág. 86.

¹³ La expresión es de Ricardo Baroja: *Gente del 98. Cine, arte y ametralladora*, Madrid, 1989.

para todo lo que signifique evolución. Un pueblo rezagado de más de tres centurias, indigente, anémico, ineducado, escaso de iniciativa, perdida la brújula, una raza de eunucos, un material, como dirá Azaña en su aguda crítica a Costa, detestable¹⁴.

La raza infame arrastra siempre el correlato de unos políticos abyectos. ¿Cómo, si no fueran borregos, podrían los españoles seguir a esa caterva de políticos? Los del 98 seguirán la pauta establecida: qué son los “jefes ilustres” de los partidos, sino unos “santones que tienen que officiar la pontifical en las ocasiones solemnes”, exclama Unamuno. Y Azorín, que aprenderá lo suyo sobre la abyeción, escribía: “No hay cosa más abyecta que un político”. Lo que ocurre es que la gente del 98 añadirá algo más, y sus-

¹⁴ Joaquín Costa: *Oligarquía y caciquismo*, Madrid, 1975, vol. 1, pág. 81. Manuel Azaña: “¡Todavía el 98!”, *Obras completas*, vol. 1, pág. 561.

tancial: no es que los políticos sean abyectos, es que la política misma, identificada con ese mal que España lleva en la entraña y que se define como caciquismo, es abominable. Y como había que cambiarlo todo, pues, como decía Yuste, sacando la última consecuencia de su diagnóstico sobre las amarguras de España, nada del pasado vale, de dictaminar que no hay pueblo y que es preciso acabar con los políticos a pedir la abolición de las instituciones en las que la acción política se desarrolla no habrá más que un paso que estos señores darán a banderas desplegadas.

Experimentalmente, escribe Baroja, que era hombre dado a experimentos, “y visto que el sufragio universal no resuelve nada, debe ser suprimido”. Bravo por Baroja: si el pueblo es ignorante, para qué servirá el sufragio, sino para ahondar los males de la patria, afincando cada vez a los caciques. Costa, que al final de su vida habrá propugnado todas las fórmulas posibles, no podía faltar por entonces

al coro; y aunque no es tan drástico como Baroja, no reprocha a Macías Picavea que haya juzgado “imposible la rehabilitación de España como no se tuviera en suspenso las Cortes por 10 años cuando menos”. Nada de rectificar el censo, moralizar el sufragio, respetar la voluntad popular: todo eso son pamplinas. No, hay que ir más al fondo: la máquina está montada de tal guisa -asegura Costa- que como al caci que le dejen las Cortes, “aun dándole matadas en contra las cartas, suyo es el juego”. Se acabó, hay que terminar la partida y levantar la mesa: fin del sufragio, fin del caciquismo, fin de las Cortes, fin de la política¹⁵.

¿Y qué se pondrá en su lugar? En este punto, las respuestas variaron según los autores y según la edad y circunstancia de cada autor y no es cuestión ahora de desviar la

¹⁵ Pío Baroja: “Vieja España, patria nueva”, *El tablado de Arlequín*, Madrid, 1982, pág. 53. Costa: *Oligarquía*, págs. 87-95.

atención hacia las medidas terapéuticas que se ocurrían a unos y otros en uno y otro momento. Lo que interesa es el fondo sobre el que se realiza el diagnóstico y que Baroja trae a la superficie con su característica brutalidad: "Siguiendo una política experimental no se haría nunca reforma alguna". Nada de reformas; lo que hay que hacer es algo mucho más tremendo: suprimir todas las instituciones democráticas, concluir que la masa es siempre lo infame, lo cobarde, que en el Congreso de los Diputados las almas viles y rastreras acaban imponiéndose a la altas y nobles. La única salida posible es buscar un tirano: "Si el país necesita un buen tirano, busquémosle". Bien, busquemos al tirano: Costa se empleará en el asunto aunque, como le reprochaba Azaña, buen trabajo deberá tomarse el tal tirano si tenía que habérselas con un material tan de desecho como aquella raza de eunucos. Dulcifica el concepto: se contenta con un cirujano de hierro que, ase-

gurando personalmente la dirección del Estado y haciendo que el Gobierno funcione con independencia de las Cortes, no necesitaría cerrarlas. Unamuno, mientras tanto, escribía a un amigo que “con la libertad no se hace conciencia” -¡con la libertad no se hace conciencia!- y que como el pueblo era un animal doméstico lo que había que hacer era europeizarlo pedagógicamente, y evocaba, en consecuencia, al “redentor (que) avive con la ducha reconfortante de los jóvenes ideales cosmopolitas el espíritu colectivo intracastizo” que dormía esperándole¹⁶.

Pero no es el tirano, cirujano o redentor, cada cual con su terapéutica, lo que interesa ahora, sino constatar una vez más cómo de una determinada representación del pasa-

¹⁶ Baroja: *El tablado*, pág. 55. Costa: *Oligarquía*, pág. 88. Miguel de Unamuno a Timoteo Orbe, 8 de octubre de 1901, *Epistolario inédito*, ed., de Laureano Robles, Madrid, 1991, vol. 1, págs. 99-100. y *En torno al casticismo*, pág. 168.

do resulta una consigna para el presente: no hay posibilidad de reforma porque todo en el pasado está podrido; luego hay que cambiar todo el presente; y como el pueblo es miserable y los políticos son corruptos, bienvenido sea el tirano. Nadie como la gente del 98, ni siquiera los socialistas, cuyo apoliticismo parece como un juego de niños al lado de la rotundidad de estos jóvenes transidos de dolor de España, ha contribuido de manera tan radical a deslegitimar el sistema entero de la Restauración. No turbemos el egoísmo de esta España enferma, sentada en su carrito de paralítica, recomienda Ramiro de Maeztu, y, como llevándose el índice a los labios, susurra: “Dejémosla dormir, dejémosla morir. Y cuando apunte otra España nueva, ¡enterremos alegremente a la que agoniza!”¹⁷. Con España no había nada que hacer más que asis-

¹⁷ Ramiro de Maeztu: “Parálisis progresiva”, *Hacia otra España*, Madrid, 1967, pág. 41.

tir alborozados a su entierro: tal es la conclusión a la que desde 1902 llega la gente del 98.

Dolor de España

En tono menos castizo, pero con acentos tan dramáticos y perentorios, las más claras cabezas de la generación siguiente, la del 14, no dirán otra cosa, aunque no siempre coincidan en el remedio e incluso aunque algunos de ellos piensen que el remedio es exactamente el contrario al propugnado por los del 98, o sea la democracia¹⁸. En las tan versátiles representaciones del pasado de España que salen de la pluma de Ortega puede percibirse una constante: el pasado de España es un inmenso vacío. En tiempos de juventud, Ortega creyó que la anormalidad de la historia de España podía remontarse a unos cuantos

¹⁸ Donald Shaw observó que, respecto al problema de España, Ortega prolonga el enfoque del 98 sin ofrecer una alternativa en *La Generación del 98*, Madrid, 1985, pág. 255.

lustros y que era cosa, por así decir, pasajera; luego, Costa le convenció de que España llevaba ya dos siglos decayendo; más tarde, cuando llegó a su primera madurez, Ortega intentó demostrar que la decadencia afectaba a toda la Edad Moderna, pero al final un “mayor estudio y reflexión” le enseñó que la decadencia española no fue menor en la Edad Media que en la Edad Moderna, lo cual le llevó a la conclusión, literalmente insopportable para cualquiera que no sea filósofo, de que toda la historia de España era la historia de una decadencia. Decaer se elevó así al rango de un trascendente metahistórico y metafísico: decadencia definía el ser de España. Como María Zambrano escribirá unos años después: la historia de España se nos había convertido en una encerrona; todo era metafísica en España¹⁹. En verdad, si a alguien le conviene el reproche

¹⁹ María Zambrano: “El español y su tradición”, *Hora de España*, abril 1937, págs. 264-266.

dirigido por José Antonio Maravall a todos los que escribían la historia de España como si del perfil de un hueco se tratara, o sea, por lo que no fue o no hubo, en lugar de contar positivamente lo que fue o hubo, es a Ortega, que cada cuatro o cinco años ampliaba en uno o dos siglos el no ser de España: en una ocasión dijo que carecíamos de siglo XIX, en otra que nuestro mal se explicaba porque no habíamos tenido Ilustración, luego llevó la cosa más lejos, hasta comienzos del XVI, y aun le quedó la oportunidad de achacar el daño a que no habíamos tenido ni siquiera Edad Media²⁰.

Se comprende el profundo dolor ante tanta carencia: Ortega transformó la representación del pasado de España como anomalía en

²⁰ Ortega habla de su progresiva anticipación de la decadencia de España en “España invertebrada”, *Obras completas*, vol. 3, 118-122. Maravall se mete con quienes cuentan la historia de España diciendo: “No hay feudalismo, no hay burguesía, no hay Ilustración”, en *Estado moderno y mentalidad social*, Madrid, 1972, vol. 1, pág. 7.

sentimiento de dolor por su decadencia. La gente del 98 había recorrido ya mucho camino en esa dirección: “Mueve mi pluma el dolor de que mi patria sea chica y esté muerta”, había escrito Maeztu; y Unamuno sufría a veces el dolor de España como si fuera un dolor de muelas, de tan físico como lo sentía. Pero corresponde a Ortega convertir a España en un “pozo de errores y de dolores” y elevar, en consecuencia, el dolor de España a la categoría de ser: “España es un dolor enorme, profundo, difuso”, y a rasgo distintivo de una generación. Cuando se presentó, en resonante conferencia, como debelador de la vieja política y portavoz de la nueva, Ortega poseía la plena conciencia de representar a una generación nueva, que había nacido a la atención reflexiva en la terrible fecha de 1898, que se hallaba entonces “en medio del camino de la vida” y que no había tenido ocasión de presenciar no ya un día de gloria o plenitud, pero ni siquiera una hora de suficiencia. Una generación, sigue Ortega,

“acaso la primera, que no ha negociado con los tópicos del patriotismo y que al escuchar la palabra España no recuerda a Calderón y Lepanto..., sino que meramente siente y esto que siente es dolor”²¹.

Por entonces, Ortega había tenido ya suficiente ocasión y público para preguntarse por las razones de “tanta desventura” y ofrecer una respuesta: somos una raza que ha perdido la conciencia de su continuidad histórica, raza sonámbula y espuria, que anda delante de sí sin saber de dónde viene ni adónde va; raza fantasma, raza triste, raza melancólica y enajenada, raza doliente²². Pero Ortega no se limita a inventar la historia idealmente hacia atrás o, más exactamente, a inventar su inexistencia, sino que percibe en su rededor la aparición de

²¹ Ortega: “La pedagogía social como programa político”, 12 de marzo de 1910, y “Vieja y nueva política”, 23 de marzo de 1914, *Obras completas*, vol. 1, págs. 504 y 268.

²² Ortega: “Asamblea para el progreso de las ciencias”, 10 de agosto de 1908, *Obras completas*, vol. 1, pág. 105.

una nueva España, de las “nuevas generaciones” formadas por españoles que se dedican “al trabajo científico y literario, a la industria, a la técnica administrativa y comercial”. Su actitud no es la de desesperar de las posibilidades de la raza, puesto que esa generación está ya ahí, asiste a sus conferencias, firma sus manifiestos, se adhiere a sus ligas, se mueve. Y así, la consecuencia política final del dramático descubrimiento de un pasado vacío y de la constatación de esa nueva España que pugna con la vieja estará a la altura del descubrimiento mismo: españoles, no tenéis Estado, clama desde *El Sol*, a mediados de noviembre de 1930, reconstruidlo. El camino emprendido desde que a principios de siglo confesaba a Unamuno su vergüenza étnica; desde que en 1910 había declarado que para los españoles era España el problema primero, plenario y perentorio; desde que en 1914 había llegado a la conclusión de que la Restauración era como “vivir el hueco de la propia vida” en un panorama de fantas-

mas con Cánovas ejerciendo de gran empresario de la fantasmagoría, llevaba a la conclusión política de que no quedaba más remedio que fiarlo todo a una nueva España, una nueva generación que partía de cero para derruir lo presente, derribar la monarquía y el Estado entero y crear uno nuevo. Ortega tardaría exactamente 30 años en sacar la última conclusión de aquella representación de la historia de España como un inmenso vacío, pero finalmente llegó a puerto. Su último llamamiento, dirigido a “todo el profesorado y magisterio, a los escritores y artistas, a los médicos, a los ingenieros, arquitectos y técnicos de toda clase, a los abogados, notarios y demás hombres de ley”, y muy especialmente a la juventud, tenía un objetivo claro: derribar la Monarquía y proclamar la “República como símbolo de que los españoles se han resuelto por fin a tomar briosa mente en sus manos su propio e intransferible destino”. Tal era la conclusión final de la representación del pasado como gran dolor de

España y la afirmación de una España nueva que crecía a su lado²³.

Es curioso que Azaña haya llegado, por un diferente camino, a una conclusión similar. Curioso, porque Azaña tenía de Valera el desdén hacia los libros terapéuticos y, como Valera, sabía de historia de España porque la había leído en sus fuentes, no porque se la hubiera imaginado, y percibía, a pesar de las Comunidades, de la pérdida de libertades de Castilla y del injerto imperial austroalemán, una más gruesa línea de continuidad entre Isabel y Fernando y su nieto Carlos. En sus trabajos de los años veinte, Azaña había expresado sus dudas respecto a la posibilidad de aislar lo castizo español de los dinástico y católico universal,

²³ “Asamblea para el progreso de las ciencias”, “Vieja y nueva política” (1914), “España invertebrada” (1921), “El error Berenguer” (15 de noviembre de 1930) y “Agrupación al servicio de la República. Manifiesto” (10 de febrero de 1931), en *Obras completas*, vol. 1, págs. 105-110; vol. 3, págs. 118-122; vol. 11, págs. 274-279 y 125-128.

con lo que se situaba a medio camino entre Martínez Marina y su teoría de la quiebra de continuidad a partir de comienzos del siglo XVI, y Menéndez Pelayo, que endilgaba la quiebra de la continuidad a la Casa de Borbón, asesina de la “antigua libertad municipal y foral de la Península”, y tenía a Carlos por lo español auténtico²⁴. Además, Azaña había dado en la diana de todos los puntos débiles de la crítica realizada por la gente del 98: haber constituido el tema de la decadencia, menos nacional de lo que ellos mismos habían pensado, como “cebo de su lirismo”, haciendo “válida la especie de que ser español es una excusa de impotencia”, haberse apuntado a la corriente general de egolatría y antipatriotismo desen-

²⁴ Brindis del Retiro, en *Textos sobre España*, Madrid, 1962, págs. 176-178; “España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad”, escribió el joven Menéndez Pelayo, para concluir, como en un lamento desesperado: “No tenemos otra cosa”: *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, 1956, vol. 2, págs. 1192-1194.

cadenada en otros climas; haber erigido el desdén, la agresión y la violencia como virtudes teológicas de la nueva escuela; su orgullo desesperado, que les convertía en unos anarco-aristócratas, enemigos de la democracia; su casticismo agarbanzado, la falta de pudor en la expresión de su dolor y la vacuidad de una solución que se reducía a poner en buenas manos una revolución salvadora, o sea, la llamada a un cirujano, tirano y a la vez redentor. Se sabe bien, en fin, que Azaña tuvo en algún momento a Ortega por ocurrente más que por pensador y que, aun si lo había secundado en sus diferentes ligas, había optado por apuntarse al partido reformista para hacer política dentro del sistema de la Restauración. En todos esos sentidos, Azaña era más deudor de Valera que de la gente del 98 o de Ortega, y había llegado a conclusiones menos radicales que sus coetáneos: consideraba una desgracia partir de cero, negar el pasado, construir de la nada; rechazaba como “primitivo, un poquito salvaje y fasti-

dioso en demasía” la fatalidad de que los españoles tuvieran que aprender que el fuego quema poniendo las manos en las ascuas. No que no sintiera el problema de España, sino que creía que la única respuesta era la democracia y que el camino consistía en abrir el régimen de la Restauración incorporando a él a la nueva generación de profesionales e intelectuales reformistas²⁵.

Pero el golpe de Estado militar y la convivencia de Alfonso XIII con Primo de Rivera le obligó a leer de nuevo la historia y sacar conclusiones bien diferentes a las que había propuesto hasta 1923. Desde que publica *Apelación a la República*, sus acentos se confunden con los de la generación romántica: durante tres siglos y por temporadas en el XIX España

²⁵ Azaña considera la democracia como única vía para que España retorne a la “corriente general de la civilización europea” desde su conferencia de 1910, *El problema español*, Madrid, 1990. Para la crítica al 98 y su visión de la historia: “¡Todavía el 98!” y “El *Idearium* de Gavinet”, *Obras completas*, 1966, vol. 1, págs. 557-619.